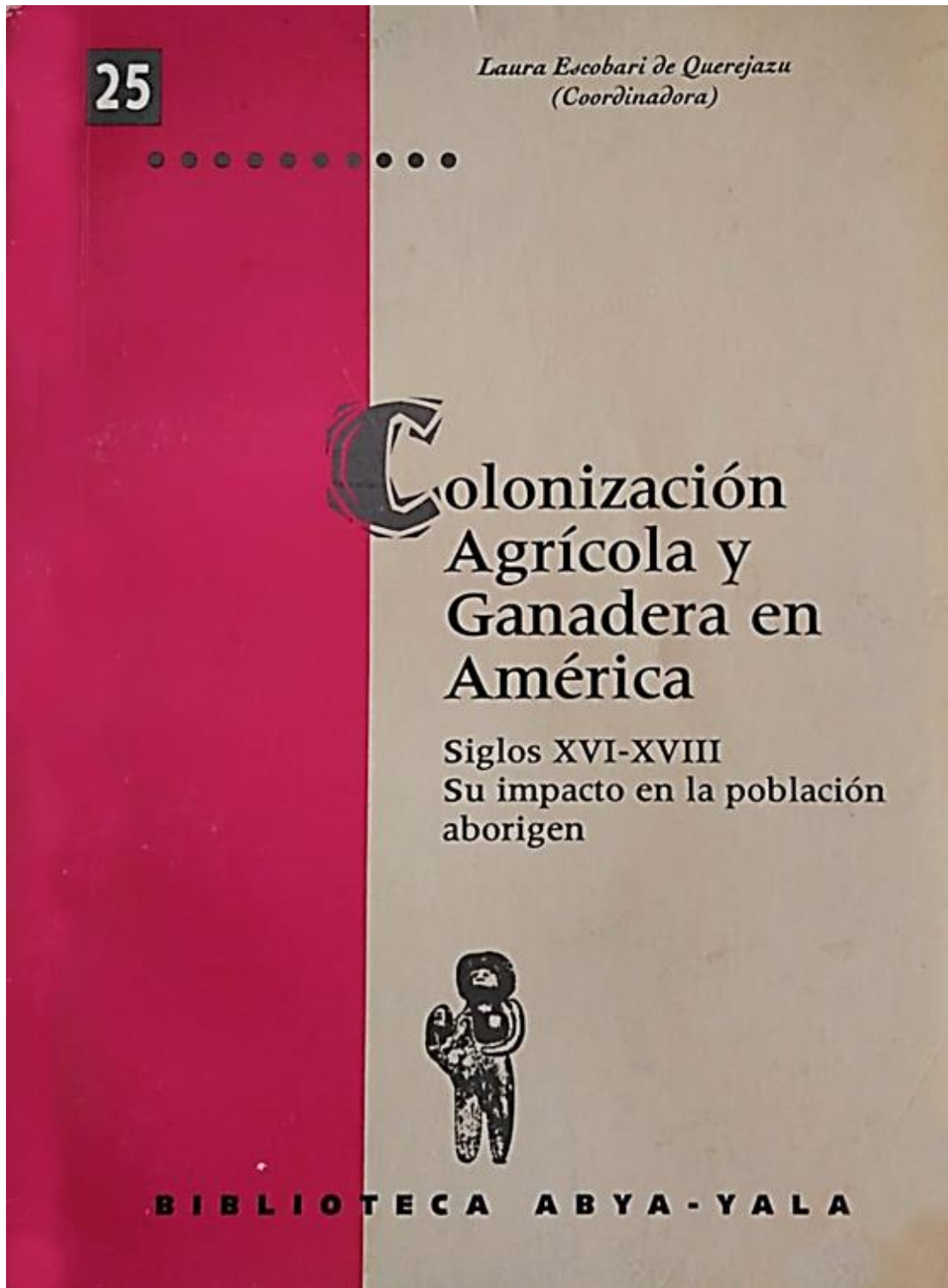

Lorandi, Ana y María de Hoyos. 1995. «Complementaridad económica en los Valles Calchaquíes y del Cajón. Siglos XV-XVII». En L. Escobari de Querejazu (coord.); *Colonización agrícola y ganadera en América. siglos XVI-XVIII. Su impacto en la población aborígen.*: 385-414. Quito, Ediciones Abya-Yala.



COMPLEMENTARIDAD ECONOMICA EN LOS VALLES CALCHAQUIES Y DEL CAJON SIGLOS XV-XVII

Ana María Lorandi
María de Hoyos¹

Introducción

Los Valles Calchaquíes y el valle del Cajón, ubicados en el riñón del Noroeste argentino -la antigua provincia del Tucumán Colonial- eran parte del área habitada por los diaguitas, una macroetnia integrada por numerosos grupos generalmente designados en las fuentes coloniales como "parcialidades". El uso de esta clasificación ambigua -aplicada tanto a jefaturas como a subdivisiones de las mismas- nació de las evidentes dificultades que tuvieron los españoles para identificar las unidades políticas dado el bajo nivel de articulación jerárquica interna que se observaba en ellas. De hecho, es por esto que también se las ha considerado como "behetrías", término cuyo uso en América, por extensión, se aplicó a las organizaciones políticas relativamente segmentadas. Muchos de los problemas que se nos plantearon tanto en los trabajos arqueológicos como en el análisis de los documentos coloniales tienen su origen en esta particular conformación de unidades políticas relativamente inestables. Por cierto, hubo jefaturas bien establecidas, para las cuales disponemos de algunos datos sobre amplitud territorial y demográfica. En otros casos la información es menos precisa ya que, además, un mismo espacio geográfico -los valles- fueron ocupados por numerosas jefaturas o "parcialidades". La multiethnicidad que caracterizó a los Valles Calchaquíes, tal como llegaron al conocimiento español, se había visto acrecentada por la incorporación de mitimaes incaicos, muchos de los cuales permanecieron en sus nuevos asentamientos después del colapso del Tawantinsuyo.

Como lo veremos con cierto detalle, estos valles que bordean la Puna están aislados de las llanuras orientales por una sucesión de altas cadenas montañosas, por lo cual conforman un sistema cerrado que entorpeció durante más un siglo los esfuerzos españoles para colonizar a sus habitantes (Lorandi 1980; 1988; Lorandi y Boixadós 1987-88). Gracias a la tenaz resistencia que opusieron sus pobladores indígenas, en la que se alternaron los combates y las negociaciones, éstos lograron retrasar su incorporación al sistema colonial hasta que fueron masivamente desnaturalizados fuera del valle entre 1659 y 1665. El hecho de haber conservado su autonomía mientras el resto del Noroeste era colonizado, los erige en un sujeto privilegiado para observar la continuidad cultural (Bonfil Batalla 1992). No obstante, estas mismas circunstancias afectan la calidad y cantidad de dichas observaciones, ya que estuvieron limitadas, en su mayor parte, a los contactos bélicos y a una discontinua labor de evangelización. Este breve panorama social es imprescindible para ingresar al tema del uso de recursos y sobre los probables

* Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Ciencias Antropológicas, Sección Etnohistoria.

mecanismos de complementariedad implementados desde el período de los Desarrollos Regionales (pre-inca), hasta mediados del siglo XVII.

Estos valles presentan una orientación general norte-sur, formando ejes que en parte se desprenden de la Puna y, en parte, son adyacentes a ella. Asimismo, los Valles Calchaquíes conforman un sistema integrado de dos valles sucesivos, aunque con cuencas hídricas independientes. En el norte, el río Calchaquí propiamente dicho y, en el sur, el Yocavil forman sus valles respectivos y se unen en un punto central en Cafayate. El valle del Yocavil (o actualmente Santa María), que es la mitad meridional de este complejo topográfico, es adyacente al del Cajón ubicado al oeste, separados ambos por la sierra del Cajón, cadena que se erige así en la columna vertebral de un sistema fuertemente articulado. Articulación que no solo responde a una evidente realidad geográfica sino que constituyó un espacio que fue socialmente apropiado por los diversos grupos étnicos como una unidad susceptible de responder a las expectativas de obtener recursos complementarios. Además, el río Yocavil tiene la particularidad de nacer en el valle del Cajón, por donde corre de norte a sur, dobla en el extremo meridional de la sierra y cambiando de dirección se dirige al encuentro con el Calchaquí. De esta manera los valles de Yocavil y del Cajón no sólo se articulan atravesando la sierra, sino que comparten un mismo río que los envuelve acrecentando la unidad del sistema. Ambos valles, el Yocavil con su propia individualidad dentro del complejo Calchaquí y el del Cajón serán el objeto del presente trabajo.

Antes de continuar avanzando, un corte transversal de esta región nos ofrece el siguiente panorama topográfico global, que describiremos mediante un recorrido de oeste a este. En el extremo occidental tenemos la Puna, cuya amplitud se estrecha hacia el sur y forma a su vez uno de los bordes del valle del Cajón. El otro límite de este valle, como ya dijimos, está marcado por la sierra del mismo nombre, ambos con su eje en dirección norte sur. Atravesando la sierra del Cajón encuentra el valle Yocavil, recortado al naciente por la sierra de Aconquija que cobija en la cota de los 2.000 m, y sobre su flanco oriental, al valle Tafí, que a diferencia de los anteriores, forma una especie de anfiteatro irregular, cortado por cerrillos y ondulaciones que se interrumpe al comenzar la ladera cubierta de bosque o selva que desciende hasta la llanura tucumana. La sierra de Aconquija forma una barrera que impide la llegada de los vientos húmedos del Atlántico, creando ambientes semiáridos, con aridez creciente hacia el oeste y a medida que se sube a la sierra del Cajón y a la Puna. Estas condiciones ecológicas son descritas por el padre Darío, misionero jesuita a principios del siglo XVII:

La provincia de Calchaquí que está como a 40 leguas de San Miguel [de Tucumán] está en un valle muy fértil, aun que llueve en él muy raras veces tiene muy buen temple; habrá en ella nueve o diez mil infieles...²

Si ahora hacemos el recorrido inverso, esta vez considerando los distintos ambientes desde la perspectiva de los recursos, veremos que ascendiendo desde las yungas con sus maderas, alucinógenos y plumas, accedemos a Tafí, cubierto de gramíneas favorables para el pastoreo, y más arriba hacia los 3.500 metros, a las planicies revestidas con vegetación de puna donde es posible la caza de guanaco y de venados. Al atravesar las cumbres se desciende hacia el valle de Yocavil, donde es posible cultivar maíz, calabaza y porotos, y donde los fondos del valle estaban poblados de bosques de algarroba cuya importancia económica será destacada más adelante. Como ya dijimos, la aridez se

² Cartas Anuas, vol. 1, Misión Calchaquí.

acrecienta a medida que nos desplazamos hacia el oeste. Una vez más las alturas de la sierra del Cajón son aptas para pastoreo y los sectores adyacentes del valle homónimo admiten además el cultivo de papas y probablemente de quínoa.

A su vez, los valles del Cajón y Yocavil se abren al sur sobre el amplio Campo del Arenal, que se extiende hasta chocar con las cadenas de Capillitas y Santa Bárbara. Estas forman una barrera transversal (en dirección este-oeste) que entorpecen las comunicaciones con el resto de la actual provincia de Catamarca. Esta topografía transforma los valles en sistemas ecológicos casi cerrados, y de hecho esto favoreció la resistencia de sus poblaciones frente al impacto colonial que se prolongó exitosamente durante ciento treinta años (Lorandi 1980, 1988; Lorandi y Boixadós 1987-88). Por cierto, el encierro geográfico fue evaluado por los españoles en su verdadera dimensión:

Porque sus tierras son valles templados [los valles Calchaquíes], muy fértiles y inasibles por los cerros que lo rodean, que para ellos son llanos por naturales, y para los españoles siempre son escabrosos y destemplados por sus nieves, inaccesibles por naturaleza³

Tiene el valle cuatro entradas, tan escabrosas que hay par tes a donde es imposible la marcha; estórbala el estrecho de las serranías y montes, por donde no puede pasar sino un solo soldado y tal vez a pie y valiéndose de pies y manos para subir y marchar⁴

Por las características de la ocupación colonial que hemos heredado, el eje geográfico de las zonas montañosas pasa por el centro de los valles, a lo largo de sus ríos principales. El transporte a caballo determinó este eje por su mayor factibilidad, acrecentada luego porque estos fondos de valle eran los más aptos para los cultivos de especies europeas, y en general, mejores para la instalación humana dentro de los patrones y técnicas más usuales. La arqueología ha mostrado cabalmente que éste no era el modelo dominante en tiempos prehispánicos tardíos, cuando sus ocupantes habían adquirido experiencia de siglos en el manejo del ambiente y preferían las laderas de los cerros para la explotación agrícola y los pastos de las tierras más altas para su ganado. Los asentamientos o pueblos fueron instalados en zonas intermedias, no muy lejos de los campos de cultivo, aunque esto no excluye la utilización de las cumbres con fines defensivos o ceremoniales. Los estudios arqueológicos y etnohistóricos confirman que los ejes de ocupación real, y en parte los simbólicos, manifestados en la adoración a los cerros, se encuentran con frecuencia en las altas cumbres. La intercomunicación transversal entre valles aprovechaba los pasos de altura y la conexión horizontal se hacía por las altas cumbres, y no por los fondos del valle, circunstancias que favorecieron el aislamiento y las tácticas defensivas de sus pobladores frente al embate colonial.

Si bien los ejes montañosos longitudinales fueron las columnas vertebrales para sostener las relaciones políticas, no debemos subestimar la importancia de los cursos principales de los ríos Santa María (o Yocavil) al sur y Calchaquí, al norte. Ante todo eran también ricas áreas de cultivo y de recolección de algarroba, un alimento cuya importancia ha sido poco considerada hasta el momento, pero que ocupaba un lugar primordial en la dicta de estas poblaciones. Estos espacios también fueron aprovechados por los pobladores jerárquicamente más alejados del núcleo de la elite para instalar allí sus viviendas, como

³ Informe del Gob. Lucas Figueroa y Mendoza. 20 de noviembre de 1662. Autos del Proceso a Pedro Bohórquez.

⁴ Carta de Don Lucas de Figueroa y Mendoza, 1662. En Autos al Proceso a Bohórquez.

lo muestra el ejemplo de Rincón Chico (Tarragó 1987). Lo que interesa en todo caso es señalar que el río pudo ser también un "chawpi", frontera y a la vez punto de unión, dentro del macrosistema del valle. Lugar de encuentro y conflicto entre las dos mitades simbólicas en las que pudo dividirse el espacio global. Algunas fuentes son explícitas en sentido de considerarlo un lugar de encuentro y conflicto. Tomemos el ejemplo de las rivalidades entre dos de las más importantes parcialidades [o grupos étnicos] del valle:

No dejaron los *pacciocas* para otra vida la venganza, sino que la tomaron por su mano, mayor. Y fue el caso que sigue: los Indios *quilmes* y *demás naciones*, un año de crudísima hambre, que perecían y no tenían recursos si no se hacían amigos de los *pacciocas*, que tenían abundancia y principal eran dueños de San Carlos, en donde había suma abundancia de algarroba, hicieron las paces y con esto se despoblaron los pueblos de los enemigos a coger algarroba, y venían con sus mujeres y chusma y traían sus carneros de la tierra, sus mantas para costales y sin cuidado ni recelo iban y venían. Los *pacciocas* se previnieron de bastimentos y matalotaje y se emboscaron en un estrecho que hace el río y los pobres *quilmes* iban a la deshilada sin recelo. Mataron muchos y principalmente desbarrancaron muchas mujeres en un remanso que hace el río y estancado: quitáronles carneros, ropa y carga⁵ (El resaltado es nuestro).

La recolección de algarroba era una labor comunitaria. Debe ser hecha en un tiempo preciso, en competencia con los pájaros y necesita de los brazos de toda la unidad doméstica. Son muchas las fuentes que señalan, y no sólo para estos valles, que esta es la época de reunión de todas las parcialidades, cuando además se producen los intercambios de mujeres y de bienes; época, por lo tanto, de rituales pero también de conflictos. El caso que ilustramos es extremo, en tanto había viejos antagonismos que se acrecentaron por las alternativas de las oportunistas alianzas con los españoles en tiempos de la decisiva campaña del gobernador Alonso de Mercado y Villacorta en 1659. De todas formas, lo que interesa señalar aquí, por el momento, es la importancia de este recurso de recolección dentro de un contexto de agricultura y pastoreo con cierto nivel de desarrollo tecnológico.

Una de las preocupaciones de nuestra investigación fue la de entender los mecanismos de control de recursos en términos de conducta política y desde el presupuesto de que existía un notable dinamismo para reconocer las oportunidades y acomodar a ellas las relaciones y las estrategias interétnicas más eficientes para enfrentar las presiones directas o indirectas del mundo colonial. Debemos recordar por ello que el cuadro resultante de nuestros estudios etnohistóricos refleja la situación del valle durante los siglos XVI y -sobre todo- el XVII y que la proyección de este modelo hacia el pasado se apoya en los escasos datos arqueológicos que pudieron ser utilizados para comprender la situación en tiempos prehispánicos (Lorandi y Boixadós 1987-88).

No tenemos pruebas que las poblaciones del valle Yocavil hayan tenido una doble localización en el Cajón, o sea que las mismas unidades étnicas duplicaran sus poblados en ambas vertientes de la sierra. Pero lo que sí es probable, es que la mayoría de los pueblos de la vertiente oriental de la sierra del Cajón tenían "puestos" próximos a las pasturas de tierras altas adonde se encontraban sus rebaños. Por otra parte, y en términos globales, los sitios arqueológicos del período de Desarrollos Regionales localizados en ambas laderas participaban de un mismo patrón cultural, generalmente identificado como cultura santamariana, si bien este dato evidentemente no es suficiente para verificar control político y por lo tanto debe ser evaluado dentro de sus limitaciones metodológicas.

⁵ Torreblanca, folios 96/97.

Veremos entonces, en qué medida, la información disponible nos permite construir un modelo de complementariedad regional.

Localización de los pueblos indígenas

En el *valle de Yocavil* las diferentes características topográficas de las sierras que lo delimitan predispusieron a dos tipos principales de asentamientos:

1) sobre angostas mesetas, fácilmente defendibles, en las estribaciones occidentales del Aconquija, como los casos de Loma Rica, Shiquimil, Jujuil o Caspinchango. El paisaje es frecuentemente quebrado y las tierras cultivables se desarrollan en las márgenes de los arroyos que bajan de la sierra. Sin embargo, en los sectores del norte del valle, existen espacios abiertos más amplios y más favorables para agricultura, por ejemplo en Amaicha.

2) sobre conos de deyección y en mesetas altas en la ladera oriental de la sierra del Cajón. En las cumbres se ubican los pucarás, generalmente de muy difícil acceso, y descendiendo por las planicies inclinadas del conoide se instalaron los pueblos no defendidos y los campos de cultivo. Entre los sitios más conocidos que podemos mencionar tenemos de norte a sur Tolombón, Pi chao, Fuerte Quemado, Quilmes, Cerro de las Mojarras y Rincón Chico. En el extremo meridional, la circulación fue controlada por el establecimiento incaico de Punta de Balasto y en tiempos coloniales por los descendientes de los mitimaes que lo habían servido.

En la llanura aluvial, sobre los bordes del río principal, se extienden también los campos de cultivo y los algarrobales que, como dijimos, ofrecieron un recurso de vital importancia, sobre todo en años malos para la agricultura. En Rincón Chico, por ejemplo, los campos agrícolas se ubican sobre esa llanura aluvial, coincidiendo con siembras modernas, formando cuadros irregulares entre los que se instalaron unidades dispersas de habitación doméstica que muestran el menor rango arquitectónico dentro de la jerarquía del sitio (Tarragó 1987). Los canchones de cultivo tienen en promedio 22 por 16 m y están contruidos con pirca seca de doble paramento relleno.

En Quilmes, durante la época incaica, la zona de producción agrícola se ubicaba al sur del asentamiento, en andenes regados artificialmente por canales y acequias que se alimentaban con agua proveniente de una represa de 7.000 m³ de capacidad. Existen también grandes cuadros, divididos interiormente por melgas paralelas a su lado menor (Pellisero y Diffrieri 1980). Según cálculos efectuados por Raffino (1975) en base a fotos aéreas, la superficie afectada a la agricultura fue de 500.000 m². Para Fuerte Quemado, Kriskautzky (1979) habla de grandes espacios pircados sin comunicación que supone destinados a la agricultura.

En el *valle del Cajón* la ecología varía de sur a norte, y con ello sus posibilidades productivas. En general el valle es semiárido, con escasos ríos de curso permanente y las poblaciones actuales se ubican en sus márgenes o a la vera de alguna aguada y se dedican a la práctica de la ganadería de caprinos y ovinos y una agricultura de subsistencia que permite obtener excedente sólo de la producción de papa que se destina a la venta.

El sur del valle, de 2000 msnm soporta actualmente la invasión de arena arrastrada por el viento desde el Campo de El Arenal y está custodiado por un gran poblado de altura, en Famabalasto. Avanzando hacia el norte, las aldeas prehispánicas están más alejadas unas de otras que en el valle Yocavil, pero entre ellos podemos mencionar a La Calera cerca de Cerro Colorado.

El sector central del valle -entre los 2500 y 3000 msnm- presenta "campos" o mesetas alargadas cubiertas por estructuras prehispánicas destinadas al cultivo. Puede hablarse de un verdadero centro de producción agrícola ya que abarca una considerable extensión. Una de nosotras (María de Hoyos) ha prospectado y mapeado personalmente estas estructuras en los campos de Huasamayo, del Percal, la Ovejería y La Hoyada. De todas maneras, la zona de producción se extiende hacia el sudoeste, hasta la localidad de La Quebrada (Arena 1975).

Estos campos en realidad, son espacios aterrizados ubicados en las pendientes, nivelados artificialmente y adosados unos a otros. Las terrazas del campo de Huasamayo muestran gran variedad en tamaño, disposición y técnicas constructivas, aunque predominan las rectangulares y subrectangulares. Dentro de estas estructuras pueden verse uno o más escalones o melgas, ofreciendo así uno o varios subniveles de aterramiento. Las terrazas del campo del Percal son más homogéneas, tanto en tamaño (40 x 40 m) como en las características constructivas: tienen paredes muy anchas, entre 1.40 a 2 m y la doble pirca está rellena con rodados. Se disponen perpendiculares a la pendiente. Los límites transversales pueden estar contruidos con técnica similar o por melgas. En La Hoyada existe un gran sistema de andenes que fueron irrigados por una red de canales de piedra alimentados por una acequia maestra que baja el agua desde las vertientes de la cumbre de los cerros. Esta red de irrigación es la única que ha podido ser adjudicada adecuadamente a la ocupación incaica. Es probable que los andenes hayan sido utilizados para cultivos de maíz, que bajo el control de la avanzada tecnología imperial permitieron ampliar la gama de recursos fácilmente accesibles sin necesidad de acceder a sectores ecológicos más alejados. Al menos para completar las necesidades del control estatal en el propio valle del Cajón.

Dada la escasez de investigaciones arqueológicas en el valle del Cajón, la mayor parte de las restantes construcciones no han sido fechadas y a causa de que el trabajo realizado personalmente hasta el momento es incipiente, tampoco hemos podido identificar si existieron diversas etapas constructivas. En base al material de superficie y las características de recintos asociados suponemos; que el comienzo de la utilización de estas técnicas de preparación de los terrenos data de la etapa de Desarrollos Regionales con reutilización y/o ampliación durante la ocupación incaica.

La falta de información tampoco nos permite tener una visión completa para el sector norte del valle. Carecemos de datos sobre la existencia de poblados o centros de cultivo, y por lo que sabemos hasta ahora, fue una zona dedicada primordialmente al pastoreo. A medida que se asciende de los 3000 a los 3500 msnm se extienden los prados aptos para el pastoreo (Sanz de Arechaga 1948). Las mesadas están cubiertas de pastos y hay numerosas vertientes que proporcionan buenas aguadas. A mayor altura la yareta y la tola van ocupando el lugar de las gramíneas y cerca de las cumbres, en el fondo de antiguos circos glaciales, existen grandes ciénegos. En invierno estos ciénegos son suficientemente húmedos para sostener un tapiz de césped apto para el pastoreo del ganado.

Hipótesis de cultivos en ambos valles

Antes de abordar este tema, una aclaración imprescindible: en estas latitudes se modifica la relación altura/clima si la comparamos con los Andes centrales. Los pisos equivalentes a los "quechwas" se encuentran en general entre los 1700 y los 2300 msnm. Es así que el valle Yocavil, en virtud de su cota promedio de 1800 msnm, su clima y el manejo de las técnicas agrícolas es apto para los cultivos mesotérmicos tales como maíz, pallares, zapallo, ají, calabaza, achira.

El valle del Cajón en cambio, cuya cota promedio es de 3000 msnm y es más apto para los vegetales microtéricos como la quínoa, papa, oca, ulluco. Estos son más resistentes al frío y requieren menor humedad. En los sitios de altura, en la puna, se dan de manera a temporal o de secano. De todas formas, podemos preguntarnos si el valle del Cajón estuvo siempre dedicado exclusivamente a los cultivos microtéricos, o si, coincidiendo con oscilaciones climáticas, y bajo condiciones muy controladas, pudo desarrollarse también el cultivo de otras especies mesotéricas como en el caso de La Hoyada ya mencionado donde su ponemos que la extensa red de irrigación pudo admitir el cultivo de maíz. Tanto en tiempos prehispánicos como en los actuales, el pastoreo era una actividad importante en el Cajón. El comportamiento moderno permite identificar ciertos ciclos de transhumancia, si bien el ganado europeo -caprino y ovino- no refleja necesariamente a etología del camélido sudamericano. En noviembre, con las primeras lluvias, los pastores actuales bajan hasta las mesadas entre los 2300 y 2900 m, a donde permanecen hasta mayo. En esta época remontan la montaña hasta los "ciénegos" localizados entre los 3000 y 3300 m. En septiembre, concluido el invierno austral, y cuando el pasto de este nivel comienza a escasear, los pastores se ven obligados a subir aún más en busca del iru que sostiene al ganado hasta que comiencen las lluvias de noviembre. Los topónimos de la zona reflejan parte de estas actividades: numerosos son los parajes y arroyos denomina dos "Ovejería", así como puestos que aluden a la topografía como Pampa Ciénaga, Huasca Ciénaga, Ciénaga Colorada, Ciénaga Falda, Ciénaga Larga, etc. Estos sitios de altura se encuentran a la misma latitud que la franja del valle Yocavil en la que se localizan los poblados de Quilmes, Pichao (Colalao) y Tolombón. Subiendo desde este último pueblo y a 22 km en línea recta en dirección al poniente, se halla un puesto que se conoce con el nombre del "Real de Tolombón" ubicado a 3000 msnm, con lo cual aumentan las probabilidades de sus ocupantes que hayan disfrutado de derecho en tierras y/o pastos en el alto valle del Cajón.

Los pasos actuales entre ambos valles son los siguientes:

1. Quebrada Agua del Sapo-Quebrada de Saladillo: conecta Lampacito, al sur de la moderna ciudad de Santa María, con el campo del Saladillo y a partir de allí en dirección noroeste hasta la localidad de La Hoyada y girando hacia el norte se puede llegar a Toroyaco y San Antonio.
2. Paso que une Colalao del Valle con Ovejería atravesando la localidad prehispánica de Pichao.

3. Paso que une Tolombón con el Real de Tolombón por Mal Paso y de allí hacia el sur por Ovejería.
4. Desde Ovejería hacia el norte a la zona de Angastaco por el Abra de Chuscha.

Modelos de utilización de recursos

Al describir las condiciones ecológicas de ambos valles señalamos la posibilidad de que fueran aprovechados complementariamente. Hemos visto que los vegetales mesotérmicos, tales como maíz, zapallo, ají, pallares, que requieren de mayor humedad, mejores suelos y cuidados intensivos, se realizaron en las zonas de intersección de los conos de deyección con el plano de la vaguada, y cercanos a la instalación humana, y éstos fueron cultivados predominante en el valle Yocavil. La arqueología ha podido comprobar la existencia de canales de riego que pudieron ser operados con un control inmediato y directo. El monte, que ocupa el nivel más bajo del valle, proveía de algarroba, utilizada como harina, bebidas, medicamentos, construcción y combustible, esta última finalidad completada con maderas de otros árboles y arbustos como el chañar, el jume, mistol, etc. La información histórica no solo confirma esta variedad de recursos, sino que, como ya vimos, prestó reiterada atención a la utilización de la algarroba, que ha sido poco enfatizada en el registro arqueológico:

El modo de vivir de todas estas naciones es el ser labrado res. Sus ordinarias comidas son el maíz, lo [así] cual siembran con mucha abundancia; también se sustentan de *grandísima algarroba, la cual cogen por los campos todos [los] años al tiempo que madura y hacen de ella grandes depósitos; y cuando no llueve para coger maíz [o] el río no sale de madre para poder regar la tierra, pasan sus necesidades con esta algarroba;* la cual no sólo les es comida, mas también hacen de ella bebida, tan fuerte, que nunca hay más muertes ni guerras entre ellos que mientras dura el tiempo de la algarroba. En estos mismos tiempos de ella ha procurado nuestra Cía, irse con ellos cuando la van a coger, [y] ha catequizado y bautizado en aquel mismo tiempo muchos infieles en el mismo monte de algarroba y confesado y predicado y hecho nuestros ministerios⁶. (El resaltado es nuestro).

El Padre Alonso de Barzana fue el primer jesuita que se internó en los valles Calchaquíes, acompañando al Gobernador Juan Ramírez de Velasco en una de las tantas "entradas" de las autoridades provinciales para atraer a sus pobladores al servicio de Su Majestad. Estos intentos, que comenzaron con las primeras exploraciones en la zona en 1535, fueron siempre anunciados como exitosos, pero al poco tiempo estaban obligados a admitir que los indios no cumplían con las prestaciones prometidas, y que debían reiniciar una y otra vez esta esquiva conquista, que como ya dijimos, sólo se hace efectiva entre 1659 y 1665. A pesar del corto tiempo que Barzana predicó en el valle, inmediatamente supo apreciar (y aprovechar para sus fines de evangelización) que la recolección de algarroba era el momento de reunión de muchas parcialidades que posiblemente vivían dispersas el resto del año. Una vez más, esta cita nos recuerda que los tiempos de recolección eran tiempos de "borracheras", tan condenadas por los sacerdotes, pero también la manifestación más evidente que era el momento de los rituales, de los intercambios y los ajustes de cuentas.

⁶ Carta del P. Alonso de Barzana, de la Cía. de Jesús, al P. Juan Sebastián, su Provincial. Fechada en Asunción del Paraguay a 8 de septiembre de 1595.

En el valle del Cajón, si bien como vimos no se descarta el cultivo de vegetales mesotérmicos, en especial para la época incaica, en realidad fue más apto para la papa, ulluco, oca, o sea especies microtéricas, y también para la quínoa como lo afirma Sotelo de Narváez (ver más adelante). Recordemos que este valle es más árido y frío que el de Yocavil. En general coincidiría con la agricultura de secano similar a la practicada en la Puna ya que en la mayoría de los campos de cultivo prospectados no se han observado sistemas de irrigación asociados a la ocupación del período de Desarrollos Regionales. Por su parte este ambiente es muy favorable para el pastoreo intensivo, la caza de guanacos, vicuñas y venados, y para la extracción de minerales, sobre todo de sal.

Con los recursos mencionados podría cerrarse el círculo de complementariedad directa entre ambos valles. Sin embargo, el circuito debe ser ampliado con otros que los habitantes de Yocavil obtenían en las yungas orientales, tales como ciertos tipos de madera para astiles y arcos, alucinógenos -en especial el cebil- y plumas. Cualquiera que haya sido el mecanismo social para acceder a estos bienes, o sea complementariedad por colonización vertical de acuerdo con el modelo de Murra (1975) o trueque entre unidades políticamente independientes, lo cierto es que estos valles estaban en condiciones de autoabastecerse dentro de sus fronteras, y aun en tiempos coloniales, porque a pesar de la presión sobre el territorio nuclear, la ocupación española de las yungas altas se hizo efectiva muy tardíamente y con escaso control real sobre las áreas selváticas de las laderas orientales.

Para poder procesar la información documental referente a los mecanismos políticos relativos al control de recursos, hay que trabajar con mucha minuciosidad y aún más precauciones dado que no existen, en la práctica, referencias directas a los límites territoriales de las jefaturas de los valles Calchaquíes y a que, por otra parte, no hay una sola mención explícita al valle del Cajón. Para ello revisaremos primero el uso que se otorgó al término "valle" en el discurso español, y que inferencias podremos extraer de este análisis.

Debemos advertir, ante todo, que el término valle tiene significaciones más ambiguas que las utilizadas corrientemente por la geografía moderna. Era común que se empleara el término valle en el sentido de sector ocupado por un determinado grupo étnico o controlado desde una cabecera como una unidad política. Durante las primeras "entradas" los espacios políticos fueron identificados en base a las "provincias" incas. Más tarde, cuando las autoridades estatales regresaron al Cusco y perdieron poder, estas identificaciones fueron reemplazadas por el de valle, aunque no siempre correspondiera a su significado moderno. Así, la provincia inca de Quiri-Quiri dentro de la cual se encontraba el valle Yocavil, fue reemplazado por intercambio de significados por el de valle Calchaquí.

Con estos intercambios se identificaba un sector donde habitaban los *indios que se encontraban bajo de la jefatura o, según el contexto discursivo, del liderazgo, de Juan Calchaquí cacique de Tolombón*. O sea, el sentido alternaba entre: 1) el territorio restringido entre Tolombón y Colalao inclusive, en el primer caso (jefatura) o, 2) todo el espacio del valle Yocavil en el segundo (liderazgo). Mediante una transferencia aún más amplia el término fue aplicado también a las dos cuencas de los ríos Yocavil y Calchaquí. Como vemos, oscila entre lo vagamente geográfico y territorial y lo étnico-político como ya lo ha notado Susan Ramírez Horton (1981) para la costa del Perú. En su opinión, "valle no debe ser entendido en su sentido geográfico moderno [sino que]

vienen a ser los curacazgos que existían al momento de la conquista" (pp. 285); aún si ocupaban una territorialidad discontinua. Para ilustrar estas ambigüedades, veamos la siguiente cita: "En esta provincia hay un cierto pedazo de valle y pedazo de sierra que llaman de Calchaqui por donde entraron a ella los primeros descubridores."⁷

En un estudio previo sobre este tema (Lorandi y Bunster 1990), se ha seleccionado un mayor número de citas que muestran la transferencia de sentidos y que aunque no hay espacio para reproducirlas permitieron en su momento resumirlas en tres usos predominantes:

- a) como región geográfica.
- b) como sector que comparte una misma conducta social y política (la resistencia al invasor europeo)
- c) como sector específico donde se ejerce una determinada territorialidad política.

Por lo tanto "valle" fue utilizado alternativamente para de signar lo que hoy consideramos el valle de Yocavil o Santa María como región geográfica, a sectores restringidos del mismo, o a quebradas o territorios transversales a su eje principal y que remontan hacia la Puna o el Cajón (por ejemplo "valle de Tolombón") que, como hemos visto, se extiende hacia arriba y al oeste hasta el Real de Tolombón).

Este último significado puede ser corroborado en muchas fuentes donde el acceso de una comunidad a distintos pisos ecológicos es una información que asoma a través de ciertos contextos discursivos. Veamos algunas citas que parecen confirmar esta complementariedad:

Tienen partes fragosísimas donde siembran. Es tierra muy abundante de papas -papas son como turmas de tierra, que se siembran-; maíz, frijoles y quinoa, zapallos, trigo y cebada [sobre cultivos europeos ver más abajo] y todas legumbres, algarroba y chañar; y tienen la puna, pues el páramo, cerca donde tienen gran suma de caza de guanacos, vicuñas y tarugas y otras muchas cazas⁸

Asimismo, hay datos indirectos que sugieren que las jefaturas del valle Yocavil tenían acceso al Cajón. Estos datos provienen de sus tácticas de guerra para burlar la presión española.

Porque de entrar en ese tiempo (invierno), los indios se suben a los altos, tienen la caza, y alguno hubiera que, prevenidos sembrarían, aunque poco, y tendrían que echar mano, y no dejarían de haber retirado sus basamentos de maíz y trigo, con que tuviesen sustento (Torreblanca [1696] 1984).

Este ejemplo se reproduce en numerosos documentos a lo largo de las distintas campañas de conquista. Por suerte Torreblanca en la cita precedente no solo informa de esta táctica que les sirve a los indios para eludir los combates, sino que también menciona que pueden

⁷ Carta del Gobernador Felipe de Albornoz, fechada en Santiago del Estero, el 16 de abril de 1630. Documentos del AGI, Est. 74-Caja 4 Leg. 11. En Larrouy 1923: 56.

⁸ Relación de las provincias de Tucumán que dio Pedro Sotelo de Narváez [...] al - Licenciado Cepeda Presidente de la Audiencia de Charcas [1583]. Jiménez de la Espada, 1885.

recurrir a la caza, que llevan consigo las reservas de granos y sobre la posibilidad de siembras, con lo cual se admite indirectamente que disfrutaban de derechos sobre algunas tierras alejadas de los principales predios donde tenían sus cabeceras.

Otros pueblos, cuyo asiento principal se hallan en las fragosas tierras altas, tenían acceso a predios que se encuentran en el fondo del valle principal. Así, por ejemplo, los gualfines, en el extremo sur del valle Calchaquí propiamente dicho.

Por ser número grande de indios los del dicho pueblo de gualfingasta que sería más conveniente por agora se les aceptase la paz con cargo de que bajasen de sus montañas y saliesen de sus ásperas quebradas a donde estaban retirados *a sembrar a las tierras y llanos de Angastaco*, donde otras veces solían hacerlo⁹. (El resaltado es nuestro).

Estas citas revelan que las jefaturas de Yocavil con cabeceras en un sector del valle mayor, extendían también sus derechos sobre franjas transversales al mismo que les permitían el acceso a recursos complementarios en zonas más altas; o bien que aquellas que tenían sus cabeceras en las cumbres también disfrutaban de derechos en el fondo del valle principal, donde "otras veces solían hacerlo" (esta observación merecería varios comentarios, que por ahora no podemos desarrollar, acerca de la inestabilidad de esos derechos). Contrastando estas citas con los datos arqueológicos vemos que si bien los núcleos residenciales o aldeas conglomeradas fueron establecidos a medio camino entre la llanura aluvial y las tierras altas, sus pobladores controlaban recursos de todos los niveles ecológicos. Lo que no sabemos es cuáles eran las relaciones entre estos núcleos residenciales y los que se encuentran en el interior del valle del Cajón, más allá del hecho de que participaban de una cultura similar, y de que ambos tenían acceso a tierras, pastos y caza en las zonas altas. Es probable que haya existido una interdigitación de terrenos discontinuos, que les permitía compartir recursos en base a un tejido de vinculaciones recíprocas cuya naturaleza desconocemos.

Debemos destacar otro aspecto: la distancia entre los distintos pisos podría cubrirse con un día o a lo sumo dos días de marcha. Y adicionalmente señalar que las citas etnohistóricas insisten en el hecho de que en ciertas épocas del año, todos los pobladores de las aldeas del valle de Yocavil se trasladaban a las tierras altas, en especial en invierno, dando lugar más bien a un modelo de trashumancia estacional con base fija. Podríamos aventurarnos a pensar que las instalaciones del valle del Cajón eran las residencias de invierno y las del valle Yocavil las de verano, época de las ceremonias más importantes y que contenían por lo tanto el mayor número de recintos y almacenes. Si bien esta conclusión es en extremo aventurada, dado el estado actual de nuestros conocimientos, podría ser considerada como una hipótesis para trabajos futuros.

Si volvemos la mirada hacia el oriente, con respecto a las relaciones entre los habitantes del valle de Yocavil con los valles altos del Aconquija aptos para pastoreo y/o con los asientos en las yungas, los únicos datos etnohistóricos provienen de los estudios de Rodolfo Cruz sobre Amaicha, pueblo ubicado en la banda oriental del valle Yocavil, y sobre Tafí allende las altas cumbres, localidades (sobre todo la primera) con bien establecida población (Cruz 1990-92). La arqueología también ha demostrado que la cultura santamariana remonta las altas cumbres para derramarse en Tafí y otras localizaciones de la vertiente oriental del Aconquija. Cruz ha intentado identificar el tipo de vínculos existentes entre los amaicha y los tafíes y de éstas con los asientos de Siambón

⁹ Ver Autos de Proceso de Pedro Bohórquez.

y Anfama, estando el primero ubicado en la zona de yungas. Aunque las relaciones precoloniales entre ambos núcleos es aún un debate abierto, lo que Cruz pudo demostrar es que cada uno de los sitios eran sendas colonias de Amaicha y de Tafí con lo cual habríamos cerrado en parte el circuito de apropiación de distintos pisos ecológicos.

Pero lo que sin duda aún nos falta saber es si existían mecanismos de redistribución de los respectivos recursos, o sea si las poblaciones que ocupaban la banda oriental del valle Yocavil, como el caso de Amaicha, tenían necesidad y en ese caso acceso, a productos de puna y si las comunidades de la banda occidental del río Yocavil, que no tenían colonias en las yungas estaban en condiciones de obtener los bienes de tierras cálidas que efectivamente debieron ser apetecidos. De hecho, los habitantes de Amaicha podían complementar más exitosamente sus necesidades de subsistencia porque su ubicación les permitía derechos directos sobre las tierras de maíz, donde tenían su núcleo principal, a pasturas para camélidos, caza y sal en las cumbres y accesos complementarios a las yungas. En cambio las comunidades que tenían sus núcleos principales en la otra banda del valle Yocavil, si bien estaban bien conectados con el Cajón y la puna pudieron necesitar de intermediaciones para obtener determinados tipos de maderas, plumas o alucinógenos, aunque hay datos históricos de que al menos en algunas ocasiones, los pobladores de los valles se trasladaban temporalmente hasta las yungas en busca de madera para sus astiles, con lo que se probaría que los derechos sobre estos bienes eran compartidos y difusos. Este es otro de los temas que obligadamente debemos dejar abiertos para una investigación posterior.

La incorporación de productos de origen europeo durante el período de resistencia (1535-1665)

En la mayor parte de las regiones tempranamente colonizadas la incorporación de productos agrícola-ganaderos de origen europeo fue una respuesta a situaciones de compulsión o de oportunidad. En el primer caso porque debían ser incorporados al tributo vía mercantilización; en el segundo porque podía favorecer sus propias estrategias de reproducción social y política. En los valles Calchaquíes en general y en los de Yocavil y el Cajón en particular, el hecho de permanecer autónomos hasta 1659 y 1665 (según los sectores) hace evidente que el segundo factor fue el predominante. Es más, hay una selección intencional vía adaptación, a sus propias necesidades y condiciones ecológicas.

Miguel Ángel Palermo (1993) considera diversos factores que operan en los procesos selectivos en sociedades autónomas:

- un nuevo ambiente favorable para que una nueva especie prospere,
- que su presencia no interfiera con la tierra destinada a la subsistencia tradicional,
- que su implementación no exija tecnología o mano de obra especializada,
- que se complemente ventajosamente en el ciclo agrícola con las especies semejantes (o de consumo semejante) o que pueda instrumentarse en ecosistemas donde su similar americana no tiene acceso.

Palermo sostiene que si bien estas comunidades permanecieron autónomas mientras incorporaban estas nuevas especies, desde las primeras y fracasadas fundaciones hispánicas en los valles se inicia una intensa difusión de cultígenos y ganados de

"Castilla". Por otra parte, no hay que descontar los contactos indirectos o algunos más directos que nacieron de la necesidad de los pobladores de los valles para "explorar" el territorio colonizado.

Cuando Núñez de Prado fundó la ciudad del Barco en 1549 en las proximidades de Cafayate, logró permanecer en ese asiento durante ocho meses, hasta que los indígenas lo expulsaron. En ese tiempo distribuyó, como sostiene Levillier (1919-20) entre los caciques semillas de trigo y de maíz

Hizo meter en ella pasadas dos mil hanegas de maíz e de *trigo* y entrando el *mes de agosto* que es el tiempo que los naturales siembran las primeras sementeras hizo que los sembrasen e para ello les dio a todos los indios caciques principales de los que abían benido de paz para con que hiziesen las dichas sementeras. (El resaltado es nuestro).

También se incorporaron otros cereales y ganado de Castilla

Cógese en esta tierra trigo y maíz, cebada y mucha cantidad de frisoles y dase, todo lo de Castilla, por la espiriencia que se tiene de haber estado en esta tierra poblado un pueblo de españoles más de cuatro años y se despobló por mal gobierno [...] Siembran con acequias de regadío todo lo dicho; tienen ganados de Castilla, de los que tomaron cuando los mataron e hicieron despoblar¹⁰

Las especies más citadas son el trigo, la cebada y genérica mente legumbres (hay algunas referencias a porotos), aunque de éstas, en muchos casos, no se especifica si son americanas o europeas: "y los indios calchaquíes son más pródidos que otros, porque no se contentan con maíz solo, sino trigo y cebada y legumbres, papas, quinoa, algarroba" (Torreblanca [1696] 1984). Con el trigo aprendieron a hacer harina, pero utilizaban también la paja y la gluma que es apta para forraje "y alguna arma de trigo, conque nos hacen alguna tortilla (Carta Anua, vol. 1. Misión Calchaquí, 1609).

La cebada, que se usaba primordialmente como forraje, tiene la ventaja que puede almacenarse y de no interferir con el cultivo del maíz porque se alternan en el calendario agrícola que para el maíz es de siembra en agosto y de cosecha en noviembre.

El ganado mular, caballar o vacuno provenía principal mente de los robos. Los indígenas asaltaban las estancias próximas a sus fronteras o atacaban a las caravanas militares o misioneras que se internaban en sus territorios

Su Señoría [el Gob. Mercado y Villacorta] se estaría en el valle y ellos no parecerían; sino que le harían mucho daño, hurtándole las mulas y caballos y haciendo todo el mal que pudiesen y volviéndose a sus asperezas.¹¹

Más como ladrones que como enemigos se juntan en varias tropas y salen cuatro o cinco leguas de las serranías a robar caballos, yeguas, mulas y vacas por las haciendas y estancias que están en la campaña.¹²

¹⁰ Sotelo de Narváez 1583. En Levillier 1919-20.

¹¹ Torreblanca, [1696] 1984.

¹² Don Lucas de Figueroa y Mendoza 1662. En Autos del Proceso a Pedro Bohórquez.

También se ha documentado la presencia de gallinas de Castilla, desde las primeras entradas. Probablemente provenían de intercambios con tempranas fundaciones en el Paraguay, vía los guaraníes. En 1542, Diego de Rojas no dejó de manifestar su asombro al encontrar gallinas de "Castilla" en la "Provincia de Chicoana" o sea en el valle Calchaquí norte. En 1609, el Padre Juan Darío relata:

Y toda su gente de uno en uno vinieron haziendo lo mesmo y ofreciéndome su gallina que fueron tantas que fue necesario dezirles nomas y después las repartí con los mas principales de ellos acompañándome siempre el Curaca hasta Ajocavil donde hizieron lo propio los Quilmes.¹³

En el período hispano-indígena estas citas se repiten. Muestran que la incorporación de productos europeos es un hecho comprobable, pero cuando se estudia a fondo los hábitos culturales de los indígenas en esa época, nada autoriza a pensar que estas adaptaciones provocaron cambios sustanciales. Más bien se tiene la impresión de que fueron adoptados como complementarios y accesorios. Aunque se habla de robos de caballos, no fueron utilizados en la guerra, porque no resultaron aptos para las "fragosidades" de sus paisajes.

Conclusiones

El "modelo" que hemos construido tiene la virtud de ser el primero, pero la desventaja de las dificultades de verificación. La información etnohistórica ha sido suficientemente rastreada, pero las investigaciones arqueológicas brindan escaso apoyo para sustentar nuestras hipótesis con datos más contables o para responder a las preguntas que han quedado abiertas. Sin embargo, hay un hecho irrefutable: las poblaciones de nuestros valles pudieron resistir un asedio de ciento treinta años porque tenían asegurada la autosuficiencia. Los distintos pisos ecológicos se encuentran a distancias que no exceden los dos o tres días de camino, a lo sumo, desde las cabeceras, por lo cual era posible asegurarse la subsistencia y obtener los recursos complementarios echando mano a la trashumancia estacional de parte o de toda la población. Este parece haber sido el mecanismo más popular porque muchos documentos relatan que "bajan" en verano a recoger sus comidas de maíz y algarroba y que en invierno no se los halla en sus pueblos del valle pues se encuentran en sus refugios de altura. En el caso de los asentos en las yungas en cambio, hay datos que favorecen la hipótesis de que hayan sido "colonias" permanentes. Nada nos impide aceptar provisionalmente que los dos "modelos" fueran simultáneos. Tal vez el mayor interrogante es el de saber cómo circulan los bienes de yungas hasta la puna y viceversa.

Finalmente, hemos visto que la incorporación de productos europeos no provocó cambios sustanciales en el sistema económico de los diaguitas de nuestros valles y que por el contrario fue una opción libremente asumida sin grandes consecuencias ulteriores.

¹³ Cartas Anuas, vol. I. Misión Calchaquí

Fuentes

Autos del Proceso a Pedro Bohórquez. AGI, Charcas 58 y 126. Documentos relativos a la guerra que hizo Alonso de Mercado a los indios calchaquíes. Año 1657-1659. Copia dactilográfica del instituto de Historia Americana y Argentina Dr. Emilio Ravignani. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Torreblanca, Hernando 1696. Relación Histórica de Calchaquí. Copia del Archivo de Río de Janeiro. Ver también, Piossek Prebisch, Teresa 1984. Ed. Culturales Argentinas, Buenos Aires.

Bibliografía

ARENA, María Delia

1975. Arqueología del Campo del Fraile y aledaños (Valle del Cajón, Dpto. Santa María, Catamarca). *Actas del Primer Congreso de Arqueología Argentina* (Rosario 1970): 43-97.

BONFIL BATALLA, Guillermo

1992. La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos. En G. Bonfil Batalla (ed.); *Identidad y Pluralismo Cultural en América Latina*. Fondo Editorial del CEHASS y Universidad de Puerto Rico.

CRUZ, Rodolfo

1990-92. La "construcción" de identidades étnicas en el Tucumán colonial: los amaichas y los tafíes en el debate sobre su "verdadera" estructuración étnica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 13: 65-92. Buenos Aires.

JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos (ed.)

1885. *Relaciones Geográficas de Indias* II. Ediciones Atlas, Madrid.

KRISKAUTZKY, Néstor

(1979). Informe sobre las excavaciones en Fuerte Quemado. Ms.

LARROUY, Antonio

1923. *Documentos del Archivo de Indias para la Historia del Tucumán* I: 1591-1770. L. J. Rosso y Cía. Impresores, Buenos Aires.

LEVILLIER, Roberto

1919-20. *La Gobernación del Tucumán. Probanzas de Méritos y Servicios de los Conquistadores*. Documentos del Archivo de Indias, Madrid.

LORANDI, Ana María

1980. La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14 (1):147-165.

1988. Los diaguitas y el Tawantinsuyu: Una hipótesis de conflicto. En Tom Dillehay y Patricia Netherly (eds.); *La frontera del Estado Inca*. Proceedings of the 45 Congreso Internacional de Americanistas (Bogotá 1985), pp. 79-122. BAR, Oxford.

LORANDI, Ana M. y Roxana BOIXADÓS

1987-88. Etnohistoria de los valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII. *Runa* 17-18: 227-424. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

LORANDI, A. M. y Cora BUNSTER

1990. Reflexiones sobre las categorías semánticas en las fuentes del Tucumán colonial. *Runa* 17-18: 221-262. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

MURRA, John

1975. El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En J. Murra (ed); *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

PALERMO, Miguel Ángel

1993. Innovación agropecuaria en el mundo indígena colonial en la Argentina. Ms.

PELLISERO, Norberto y Horacio DIFFRIERI

1981. *Quilmes. Arqueología y Etnohistoria de una Ciudad Pre-hispánica*. Gobierno de la provincia de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

RAFFINO, Rodolfo

1975. Potencial ecológico y modelos económicos en el NOA. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 9: 21-46. Buenos Aires.

RAMIREZ HORTON, Susan

1981. La organización económica de la Costa norte: un análisis preliminar del período pre-hispánico tardío. En A. Castelli (comp.); *Etnohistoria y Antropología Andina*. Segunda Jornada del Museo Nacional de Historia, Lima.

SANZ DE ARECHAGA, Raquel

1948. La vida pastoril en la Sierra del Cajón. *Actas del 28 Congreso Internacional de Americanistas*: 87-89. París.

TARRAGO, Myriam

1987. Sociedad y sistema de asentamiento en Yocavil. *Cuaderno* 12: 179-196. Instituto Nacional de Antropología, Buenos Aires.